

su centro político en Marruecos, de suerte que para él era Sevilla, como Tremecén, únicamente un puesto avanzado contra los enemigos que por aquel lado pudieran atacar su imperio. A todas estas circunstancias se agregaba la muerte ocurrida entonces de su hijo mayor, que hacia sus veces en Africa durante su ausencia. A pesar de todos estos motivos, fué una gran falta dejar con su regreso á Africa tiempo á los cristianos para rehacerse, como se rehicieron con gran rapidez. Nada podían emprender entonces por la parte del Oeste, ni contra Zaragoza; tampoco pudieron conservar á Valencia; pero la guarnición cristiana de Aledo se sostuvo valerosamente, y cuando Alfonso hubo reunido nuevas fuerzas hizo con ellas desde allí, como antes, incursiones en los territorios de Almería y Murcia; y los esfuerzos á la verdad débiles de Mótamid para arrancar esta espina del cuerpo de la España mahometana fueron impotentes.

Recorria las comarcas de Valencia un guerrillero del cual diremos algo de paso, no porque tenga gran importancia personal para la historia, sino por la fama que va unida todavía hoy á su nombre. Este personaje era Ruy (Rodrigo) Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador (1). Era un jefe de banda de las que en aquella época ofrecían sus servicios á príncipes cristianos y mahometanos, según su capricho y su interés personal. Este famoso Cid sirvió con su banda á los Benu Hud de Zaragoza y al rey Alfonso, según el botín que calculaba sacar de la empresa. Era hombre pérfido, cruel y perjuro; causó daños de consideración á cristianos y mahometanos, con el intento siempre de conquistar algún principado para sí, y por cualquier medio. El Cid que nos ha dado á conocer Herder (2) no es sino una creación legendaria; el verdadero Cid le pinta la conocida anécdota de la caja llena de arena que dió á un judío en garantía de una suma de dinero que éste le prestó. Cuando el judío no cobró y quiso asegurarse con sus propios ojos del contenido de la caja cerrada, encontró solo arena, y quejándose al Cid, le dijo éste: «La caja guardaba mi palabra y ésta vale mas que oro.» El resultado fué que el Cid se quedó con el dinero y el judío con la caja y la arena (3). Habiendo muerto en el año 485 (1092) el desgraciado Kádir, víctima de una conspiración tramada contra él en Valencia, el Cid se apoderó de esta ciudad, después de un largo sitio, en el año 487 (1094) é hizo poner al cadí ó jefe Ibn Schachás en una hoya al rededor de la cual mandó echar leña, que fué encendida á fin de asar vivo al infeliz. Este, que era hombre poco recomendable y peor político, murió como un héroe, y con sus propias manos acercó la leña encendida á su pecho para morir mas pronto y acortar así sus tormentos. Hay que confesar que los españoles no han sido muy afortunados en la elección de su héroe nacional, pero se explica esta preferencia considerando que á las generaciones posteriores, que gemían bajo el peso siempre creciente del absolutismo, debió de parecerles el Cid, altivo y traidor para con el rey Alfonso, un adalid de la inde-

(1) Cid es su sobrenombre árabe, corrompido del árabe *seyid* ó *síd*, que significa *señor*, *don*, como el femenino *sitté*, *señora*. En rigor pertenece este título solo á los descendientes del Profeta, que pueden llevar turbante verde. Viene á ser también sinónimo con la palabra turca *emir* y la árabe *jeque*, que en rigor solo corresponde al jefe de los descendientes de Mahoma. Campeador es el sobrenombre español, que en el origen designaba al adalid que antes de empezar una batalla retaba en tiempo antiguo á batalla singular á cualquier guerrero esforzado de la hueste enemiga.

(2) El literato alemán cuya obra, como hoy se ha probado, es en su mayor parte traducción de un arreglo francés en prosa de los romances del Cid, en la *Bibliothèque Universelle des Romans*, del año 1783.

(3) Dozy: *Recherches sur l'histoire politique et littéraire de l'Espagne pendant le moyen-âge*, Leiden, 1881, II, pág. 204.

pendencia (4). El Cid no gozó mucho tiempo de su conquista (5): murió el año 492 (1099) de coraje porque sus tropas habían sido derrotadas completamente por los almoravides.

El solo hecho de la existencia de semejante personaje da una idea clarísima de la situación horrible en que entonces, aun después de la brillante victoria de Sallaca, se hallaba la España musulmana. Cuando Mótamid se convenció de que nada podía ni contra el castillo de Aledo ni contra la rebelde Murcia, marchó en persona al Africa á solicitar otra vez el auxilio de Yusuf, con tanta mayor confianza cuanto que Yusuf se había conducido la primera vez con entera lealtad, pues á excepción de Algeciras no se había quedado ni con una insignificante aldea. Esta vez accedió también Yusuf á la solicitud y pasó en el año 483 (1090) con un ejército á España, donde se dirigió contra Aledo. Alfonso, impávido como siempre, marchó con los 18,000 hombres que había reunido en derecha contra el enemigo, pero después de muchas marchas y contramarchas no se libró ninguna batalla, fuese que Yusuf no tuviese confianza esta vez en su propia pericia militar ó fuese que quiso reservar toda su fuerza para otra empresa. Sin embargo, el rey Alfonso abandonó al fin á Aledo al enemigo y se retiró de aquel país; pobre triunfo para los musulmanes cuando recordaban la victoria de Sallaca de tres años atrás, y que en lugar de entusiasmarlos, los descontentó. El pueblo, trabajado por los fakires, no echaba la culpa á Yusuf, en el cual veían no solamente un adalid de la fe mahometana, sino también el restaurador de la doctrina correcta, el hombre devoto, en oposición á los príncipes hispano-mahometanos, ineptos, mundanos é impíos. El clero declamaba en todas partes contra los sultanes execrables, y cuando Abdallah de Granada hizo poner preso al primer cadí ó magistrado para dominar la agitación, que empezaba á ser peligrosa, respondieron los fakires mas influyentes con un dictamen en el cual declaraban á Abdallah y á su hermano, que reinaba en Málaga, destituidos por haberse rebelado contra la ley divina. Con esto quedó Yusuf desligado de su juramento respecto de estos dos príncipes. Obligó á Abdallah á marcharse de Granada y ocupó esta ciudad y la de Málaga. Esto abrió los ojos á Mótamid y á los demás príncipes respecto del desinterés de su salvador, y resolvieron solicitar el auxilio de Alfonso. Al saberlo el clero, los declaró también destituidos é invitó á Yusuf á acabar con el imperio de toda aquella sociedad libre-pensadora yatea. Siendo esto cosa fácil, Yusuf encargó la sumisión de los Estados particulares á su general Sir Ibn Abi Bekr y regresó á Africa. La agonía de los reyetzuelos fué corta; Mótamid y sus hijos se defendieron con valor, pero el pueblo era del partido de los almoravides ortodoxos y las tropas vacilaban; así fué que Córdoba y Carmona cayeron en manos de sus enemigos en el año 484 (1091), y después de la derrota del general Alvar Fañez, á quien Alfonso había enviado con un ejército al auxilio de Mótamid, cayó también Sevilla. El emir infortunado, que en vano había buscado la muerte en el combate, fué hecho prisionero y se le obligó á ordenar la entrega de todas las plazas fuertes que todavía se sostenían por él; después fué conducido al Africa y encerrado en Agmat, cerca de Marruecos, donde este príncipe amable, que también en el campo de batalla se había mostrado valiente, pasó sus últimos años hasta su muerte en 488 (1095)

(4) El Cid no fué traidor con el rey Alfonso; se separó de su obediencia siguiendo la costumbre de entonces cuando Alfonso le desterró de la corte por haberle hecho jurar, antes de reconocerle por rey, que no había tenido parte en la muerte de su hermano Don Sancho.

(5) Durante cinco años sostúvose en Valencia contra todo el ejército mahometano.

sin que el almoravide tuviese la nobleza de dulcificar su prisión, en la cual el desgraciado lloró todavía la muerte de un hijo amado que pereció en Andalucía en una revolución fracasada. Las elegías conmovedoras en que lamentó en su prisión su triste suerte pertenecen á los productos mas bellos de la poesía hispano árabe (1) y son el postrer eco melancólico del tiempo de dicha y de alegría que acababa de desaparecer para siempre. En el mismo año 484 (1091) tomaron los almoravides á Almería; Motasim había muerto poco antes, su hijo huyó á Bidschaya, y en seguida ocuparon los africanos á Murcia, Denia y los territorios vecinos.

En 487 (1094) los almoravides conquistaron á Badajoz y exterminaron toda la familia aftasida, porque quiso valerse del auxilio cristiano para resistir. En el año 495 (1102) capituló Valencia, á la cual hasta entonces había defendido con tesón Jimena, la esposa varonil del Cid. Con Valencia cayó también Albarracín; Mustá'in, el emir de Zaragoza, conservó su Estado, pero solo mientras vivió, porque apenas hubo muerto se presentó en el año 503 (1110) delante de Zaragoza Temim, hijo de Yusuf y su lugarteniente en Valencia. Imad ed-daula, el hijo del difunto Mustá'in, apenas tuvo tiempo de refugiarse en Rueda, porque el pueblo estaba también por los almoravides y contra sus emires, por no ser estos bastante ortodoxos. En Rueda se sostuvo Imad ed-daula hasta su muerte, ocurrida en el año 524 (1130), y en el año siguiente (2) su hijo Seif ed-daula se pasó á los cristianos y tomó en su calidad de vasallo de Alfonso VII una parte activa en las guerras de este soberano contra los mahometanos, conducta que, según veremos luego, se justifica hasta cierto punto.

A excepción de este insignificante territorio de Rueda, estaba en el año 503 (1110) toda la España mahometana en poder de los almoravides, cuyo jefe Yusuf había adoptado desde su victoria de Sallaca el título de *Emir el Muslimin*, ó sea emir de los musulmanes (3). El pobre pueblo se convenció muy pronto de que la experiencia no justificaba la alegría con que había saludado la suplantación de sus reyetzuelos por el emir de los ortodoxos.

Yusuf, el fundador del imperio almoravide, había ya muerto antes de ser completa la incorporación de la España musulmana, porque murió casi centenario en el año 500 (1106), y con la aprobación de los fakihis, le había sucedido su hijo Ali, que reinó desde el citado año hasta 537 (1143). Debió Ali el diligente reconocimiento del clero á su insignificancia intelectual, unida á una devoción que rayaba en fabulosa y que hacia de él un verdadero morabito. A fuerza de prácticas religiosas se había extinguido en él todo interés por todo lo demás en este mundo, de suerte que su reinado fué una pura ficción, pues no hizo nada que no le fuese inspirado por sus consejeros espirituales, que eran los verdaderos gobernantes. Increíble parece la estupidez fanática con que aquella gente impuso su pobre y mezquina igno-

(1) Algunas de ellas ha traducido en alemán el conde de Schack en su obra: *Arte y poesía de los árabes en España y Sicilia*, Berlin, segunda edición, 1877.

(2) Respecto de este año 525 (1131), véase la *Historia de España* del alemán Schirmacher, t. IV., pág. 83, nota 2. Esta obra excelente, que viene á ser la continuación de la de Lembke y Schäfer, en la colección de Heerem-Ukert, merece toda confianza, porque en ella no ha admitido el autor nada de Conde y además ha utilizado una parte de las fuentes árabes originales. No tiene mas defecto que la equivocada traducción de los nombres árabes, que conduce en ciertos casos á errores lamentables, aunque se explica sabiendo que el autor no es orientalista.

(3) Los almoravides no usaron el título de *Emir el Mumenim*, que pertenece solo al califa, y ellos reconocían, siquiera nominalmente, á fuer de sunnitas ortodoxos, á los califas abasidas de Bagdad.

rancia, no solamente á los rudos berberiscos, sino á la España de entonces, cuya civilización había llegado á tan admirable altura. Desgraciada la persona sospechosa de libre-pensadora, fuese porque estudiara ciencias ó porque disfrutara los placeres permitidos ó tolerables de la vida, que para los andaluces (4) se habían hecho una necesidad. Solo estaban á sus anchas el populacho y los fakihis; la instrucción y la cultura eran pisoteadas, y en su lugar se enseñorearon la rudeza y la hipocresía. En las ciudades eran los amos los soldados berberiscos, rudos y sucios, los cuales pronto se acostumbraron á los regalos de la vida civilizada, de que jamás habían tenido la menor idea en el desierto, y así perdieron sus cualidades guerreras, pero no su tosca ignorancia ni su grosería brutal. También recibió el pueblo hispano-mahometano un desengaño muy amargo tocante á la reducción de impuestos, que al principio se había introducido en España, como en Africa, para cumplir con el precepto del Corán, reducción que la nación había saludado como el principio de una nueva era mejor, porque los berberiscos no tardaron en necesitar dinero, mucho mas que los reyetzuelos de antes, y á medida que decaía el país bajo el gobierno torpe y prevaricador del almoravide extranjero, iban aumentando las necesidades y exigencias del vencedor. Los almoravides, por otra parte, no cumplían siquiera con el objeto que había motivado su llamada á España, á saber: la enérgica defensa del pueblo mahometano contra los ataques de los cristianos. Verdad es que Temim, hermano de Ali, ganó en 501 (1108) la batalla de Uclés, que le abrió el camino de Zaragoza; y cuando los almoravides se posesionaron de esta ciudad, en el año 503 (1110), con razón pudieron los españoles mahometanos esperar nuevos triunfos sobre los cristianos, tanto mas cuanto que la muerte de Alfonso VI en 1109 (502) desencadenó en el reino de Leon y Castilla una larga guerra intestina. En efecto, se hicieron algunas tentativas; en 503 (1110) se dignó Ali, emir de los musulmanes, pasar desde Marruecos á España para emprender en persona una campaña contra Toledo, y si no conquistó esta ciudad se apoderó de varias poblaciones menos importantes. En 504 (1110) Sir Ibn Abi Bekr reconquistó á Santarem y Lisboa, que en las postreras convulsiones de los pequeños Estados se habían perdido, y en el año 507 (1114) el mismo general en union con Musdalí, otro general almoravide, derrotó al célebre castellano Alvar Fañez cuando quiso oponerse á su ataque á Toledo. Pero poco tiempo después murió Sir Ibn Abi Bekr en Sevilla; en 508 (1115) murió Musdalí en la no interrumpida lucha contra los castellanos, y desde entonces, cuando apenas habían pasado treinta años desde la batalla de Sallaca, volvió á declinar la estrella de los musulmanes españoles. Las contiendas intestinas de Castilla duraron todavía unos diez años, pero en la persona de Alfonso I de Aragon salió á los mahometanos un nuevo y peligroso enemigo, que les arrebató en 512 (1118) á Zaragoza, el baluarte del Norte, por el cual se había luchado durante siglos. La fuerza de los almoravides había menguado ya tanto que no pudieron defender este baluarte, que en los tiempos mas agitados habían sostenido incólume los kasi, los tudschibidas y los Benu-Hud, cual roca en medio de las olas enfurecidas. Toledo y Zaragoza estaban ya en poder de los cristianos, y el rey de Aragon, dueño del Ebro, siguió enérgicamente adelante; en 513 (1119) conquistó á Calatayud y derrotó á los almoravides cerca de Cutanda, lo que indujo á Ali, el «emir de los musulmanes,» á pasar otra vez á España, donde se contentó con verificar, no en el Este, donde era demasiado peligroso, sino en el Oeste, algunas incursio-

(4) Los españoles mahometanos.

nes con mediano éxito en territorio cristiano. Habiendo así cumplido á su manera con su deber de adalid del Islam, regresó á Marruecos dejando en España á su hermano Temim á título de lugarteniente suyo (1).

Fué una desgracia para la España mahometana el ser solamente un territorio accesorio de un imperio africano semi-bárbaro cuyos intereses estaban en aquel continente y no en Europa; intereses africanos que cabalmente en la época que nos ocupa corrieron súbitamente gravísimo peligro. En el Sudoeste del imperio de Marruecos actual, en la provincia de Sus, habitaban en aquella época las ásperas montañas del Atlas occidental, llamado Deren, las vigorosas y salvajes tribus de los masmuda, entre cuyos individuos se distinguía entonces por su devoción, extraordinaria hasta entre berberiscos, un joven llamado Mohammed Ibn Tumart (2), pero que era conocido mas por el nombre de «el amigo de las luces,» por las muchas velas que solía encender en sus prácticas religiosas en las tumbas de los santos, conforme era costumbre en el país. No bastándole la instrucción religiosa incompleta que daban los fakihis, marchó por el año 501 (1107) á Córdoba, y desde allí á las primeras fuentes de la doctrina, primero á Meca y después á Bagdad, en cuya última ciudad estaba en su apogeo la universidad fundada por Nizam el Mulk, visir de Melik-scha. Hasta poco antes de la llegada de Mohammed Ibn Tumart había enseñado allí Gasali, el victorioso defensor de la escuela escolástica tal como había sido establecida por Ax'ari, contra la filosofía incrédula. En este mismo sentido enseñaban también los afamados teólogos que Ibn Tumart encontró y escuchó en la misma universidad (3).

Ya hemos dicho en la primera parte de esta obra que Ax'ari fué el primero que opuso al racionalismo de los teólogos motasilitas una refutación en la cual, para la defensa del dogma ortodoxo se sirvió del arte de la dialéctica, que hasta entonces solo ellos habían usado. Por este medio justificó

(1) Segun El-Kirtás (pág. 145 de la traducción), en el año 515 (1121), lo cual no armoniza con este otro dato del mismo autor (página 153), cuando dice que Alí tuvo que habérselas en Marruecos con el mahdí Mohammed en el mes de Schawal de 514 (1120); y como este último dato parece exacto, á juzgar por otras noticias que se han conservado, resulta que la primera fecha, la del regreso de Alí á Marruecos, está equivocada.

(2) Tumart parece ser la forma berberisca del nombre de Omar.

(3) Schirmacher, en su *Historia de España* (IV, pág. 58, nota 2), admite, contra la opinión de Slane, que Ibn Tumart encontró en aquella alta escuela á Gasali. Prescindiendo del Kirtás que ninguna confianza merece, tenemos á Abdelwahid, que dice expresamente que Tumart había conocido á Gasali en Siria. Esto es imposible, porque Gasali había abandonado ya en 500 (1106) la Siria, é Ibn Tumart emprendió su viaje, dirigiéndose primero á Córdoba, en el año 501 (1107). Esto nos obliga á suponer que la noticia dada por Abdelwahid no es mas que una opinión de alguien que había oído que Gasali estuvo en Siria por el año 500, pero ignorando que se marchó de aquel país justamente en aquel mismo año. Únicamente pudo haber conocido Ibn Tumart personalmente á Gasali cuando éste volvió á enseñar en la citada universidad, llamada Nizamiya del nombre de su fundador, después del año 500 y entonces probablemente por poco tiempo; pero esto no pasa de una mera suposición, porque no hay ningún dato que lo pruebe. Abdelwahid pudo á la verdad estar bien enterado por hallarse mas cerca de los sucesos, como dice Schirmacher, pero esto no obstante sus noticias respecto de Ibn Tumart contienen fábulas que saltan á la vista. Tampoco es exacto que la escuela de Ax'ari estuviese considerada como herética. La consideraban herética los partidarios de la escuela ortodoxa antigua, que como los malikitas del Oeste rezaban y repetían maquinalmente lo que manda la tradición antigua; pero la mácula que por algún tiempo afectó oficialmente á la escuela teológica de Ax'ari fué borrada ya por Nizam el Mulk. Véase Ibn El-Athir, X, pág. 141, edición Tornberg y Gosche: *Vida y obras de Chazzali* en las *Abhandlungen der Akademie zu Berlin*, 1858, pág. 248.

Para no aumentar la extensión de estas notas dejaré en adelante de motivar mis discrepancias de Schirmacher.

también científicamente el dogma ortodoxo, de suerte que su escuela ocupa un puesto intermedio entre el racionalismo, que solo en apariencia respeta el Corán en su letra mientras le desfigura en su espíritu con hábiles interpretaciones, y la escuela ortodoxa, que sin escuchar razones se atiene en todo á la letra, aun en los pasajes en que las contradicciones son patentes é innegables. Los motasilitas, por ejemplo, explican la mano y la faz de Dios en los pasajes del Corán diciendo que la mano de Dios significa su poder y beneficencia, y su faz su existencia, mientras los partidarios de la fe antigua sostienen que Dios tiene cara y manos como los hombres. Ax'ari adopta un término medio, diciendo que la mano de Dios es la mano de tal ó cual atributo y la faz de Dios es la faz también de tal ó cual cualidad, como por ejemplo del oído, de la vista, etc. (4), es decir, que Dios tiene en efecto cara y manos, solo que estas se parecen á las del hombre únicamente en cuanto son vehículos de funciones análogas; pero lo que son en realidad se escapa á la inteligencia humana. Esta escuela se atenia, pues, rigidamente á la letra sagrada y las almas piadosas podían someterse á ella sin ningún escrúpulo; pero como en algunos puntos no podía eximirse de alguna explicación alegórica ofrecía asidero al que le conviniera servirse de la palabra de Dios para fines personales, y así convino cabalmente á Mohammed Ibn Tumart. Ya sea que emprendiera su viaje á Oriente con la intención de prepararse para un papel al estilo del de Abdallah Ibn Yazin, ya sea que tal idea le ocurriera después, es un hecho probado que muy temprano en su carrera pública trató de engañar á sus partidarios con fingidos milagros (5) y que debe ser clasificado al lado del fatimite Obeidallah, y por lo mismo entre los farsantes mas grandes del mundo. Cuando en Oriente se hubo empapado bien en tan útil sabiduría teológica, emprendió su regreso, probablemente con la resolución de presentarse á sus berberiscos como mahdí, exactamente como había hecho Obeidallah en su tiempo; pero no siendo ya popular entre los berberiscos el siismo ismaelita que Obeidallah había introducido temporalmente en Africa, y estando en cambio muy arraigada la doctrina ortodoxa sunnita, añadió á la doctrina de Ax'ari, que empezó á predicar con mucho aparato en Trípoli, el dogma siita de la infalibilidad del iman descendiente de Alí, á fin de poderse presentar á su tiempo como tal iman por medio de un árbol genealógico fabricado con este objeto. Ante todo, se presentó siempre como adalid de la doctrina ortodoxa. Escribió un compendio de su doctrina con el título: *Tauhid*, que quiere decir *fe unitaria* (6), y se llamó á sí propio *muwahid*, que significa «confesor de la unidad de Dios,» señalando así indirectamente á los fakihis como gente poco escrupulosa, porque destruían la idea fundamental del Islam, la unidad divina, con la admisión de una cara y manos materiales de Dios. Los mahometanos del Norte de Africa, ortodoxos tan aferrados á su doctrina que ni siquiera se permitían dudar de la cara y de las manos de Dios porque el Corán las mencionaba, y se creían por lo mismo columnas de la fe, quedaron tan asombrados como exasperados al verse de repente señalados á la plebe ignorante y fanática como herejes y hasta como politeístas, porque admitían una colectividad en la

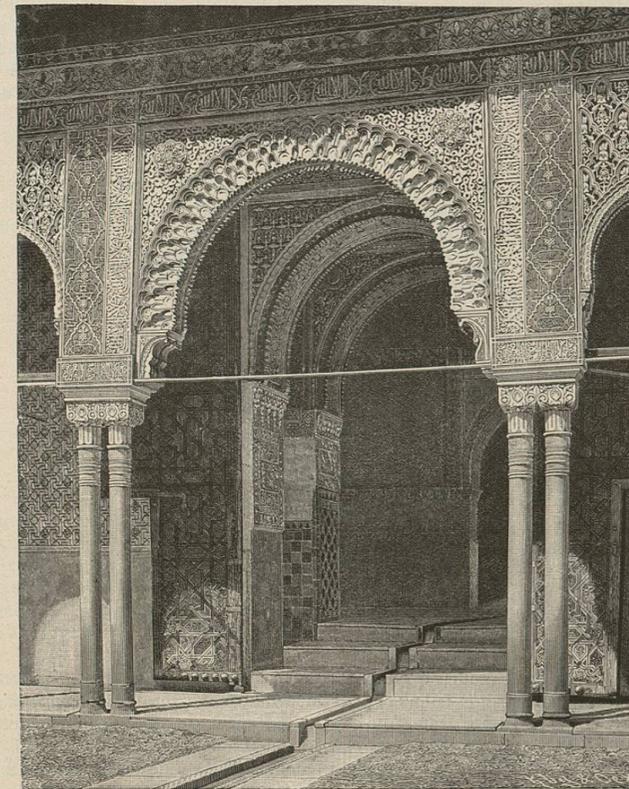
(4) Véase W. Spitta: *Zur Geschichte Abu'l-Hasan al-Asch'aris*, Leipzig, 1876, pág. 106.

(5) Dozy: *Essai*, trad. p. Chauvin, págs. 373 y 374. La fuente es Ibn El-Athir (en Slane, II, pág. 574); ed. Tornberg, X, pág. 404.

(6) La fe en un Dios único é indiviso. Esta palabra *tauhid* se usa por lo mismo con mucha frecuencia como sinónima de «fe mahometana.» En el compendio, Ibn Tumart insiste especialmente en la unidad de Dios, no obstante la explicación de Ax'ari de las manos y cara de Dios.

esencia divina, á ejemplo de los cristianos; y en efecto, no puede negarse que jamás se ha practicado con mayor desca-ro el método de expulsar de su sólida posición á un partido eclesiástico, exagerando su doctrina favorita. Por supuesto, solo puede emplearse este método allí donde el público se deja deslumbrar por frases cuyo sentido no analiza, lo que sucede con mucha mas frecuencia de lo que el mismo público se figura, y mas tratándose de berberiscos, con los cuales tuvo que ver exclusivamente Ibn Tumart después de

haber sido amonestado en el año 512 (1119) por las autoridades de Trípoli y Bidschaya y expulsado del país. Entre los berberiscos supo imponerse en gran manera con su vida ascética y su celo religioso, derramando todo el vino que cogía y haciendo pedazos todo instrumento de música que llegaba á su alcance. Atrevido y descarado como era, no le faltó valor personal, porque en Fez y en el año 514 (1121) en Marruecos y hasta delante del mismo emir de los musulmanes, Alí, predicó sin cesar ni temor contra la impiedad de los



Entrada de la sala de las Dos hermanas, en la Alhambra

herejes, los fakihis, que dominaban el país; y el soberano Alí, aquel monje coronado, quedó en frente de tanto aplomo tan consternado que dejó á este peligroso individuo en libertad. Mohammed Ibn Tumart se retiró luego entre su tribu, los másmudas, á las asperezas del Atlas, donde se construyó una ermita y se puso á enseñar á aquella gente su doctrina, resumida en el *Tauhid*, con tanto éxito, que el colegio del clero almoravide ordenó la prisión del apóstol. Ibn Tumart, que contaba con la vigilancia y fidelidad de los suyos, pudo escapar y se retiró á un sitio mas oculto y mas inaccesible. Viendo, sin embargo, que el gobierno no le perdonaba y que tarde ó temprano se apoderaría de su persona, manifestó á los suyos que era jerife, es decir, uno de los descendientes de Alí, cuyo número, entre verdaderos y falsos, era inmenso desde los edrisidas en el Magreb, y añadió que era también mahdí, enviado para exterminar á los incrédulos y restaurar el reino de Dios en este mundo. Como jerife y mahdí fué

reconocido por su tribu, á la cual mandó tomar las armas en el año 515 (1121). Los másmudas lo creyeron sin dificultad y obedecieron, puesto que fuera del imanato infalible y de la interpretación del Corán segun Ax'ari, de cuyos defectos los berberiscos nada entendían, quedaba intacto el dogma sunnita, y si hubo alguna duda, desapareció con un milagro fingido por el descarado impostor y que patentizó á los ojos de la multitud estúpida su misión divina.

Cuando el número de sus partidarios lo hizo necesario, les dió una organización tan sencilla como eficaz, formando un consejo supremo con diez de sus partidarios mas antiguos y de mas confianza. Después formó con cincuenta jefes de otras tantas tribus una junta, cuyos miembros, por estar en continuo contacto con el mahdí infalible, gozaron desde luego de una autoridad especial. A medida que ingresaron nuevas tribus en su partido, formó en todas partes juntas asesoras de los respectivos lugartenientes y jefes, á las cuales estos